

LA PRÁCTICA EN CUANTO A LA REUNIÓN DE LA MESA DEL SEÑOR (2)

Ef. 2:18 porque por medio de Él los unos y los otros tenemos acceso en un mismo Espíritu al Padre.

3:14-17a Por esta causa doblo mis rodillas ante el Padre, de quien toma nombre toda familia en los cielos y en la tierra, para que os dé, conforme a las riquezas de Su gloria, el ser fortalecidos con poder en el hombre interior por Su Espíritu; para que Cristo haga Su hogar en vuestros corazones por medio de la fe

En esta lección queremos continuar nuestra comunión sobre la práctica en cuanto a la reunión de la mesa del Señor. En las lecciones anteriores tuvimos comunión sobre la práctica de hacer memoria del Señor y de adorar al Padre. Ahora veremos algo con respecto a la adoración que debemos ofrecer al Padre en el Hijo como realidad y en nuestro espíritu mezclado con el Espíritu de Dios. Se trata de una adoración que se realiza en la impartición de Dios.

Los escritos de Pablo están llenos de tal concepto, el de la impartición divina del Padre, del Hijo y del Espíritu. Pablo no se refiere al Padre, al Hijo y al Espíritu de una manera doctrinal, sino basado en su propia experiencia. Efesios 2:18 revela que tenemos acceso al Padre por medio del Hijo y en el Espíritu. Efesios 3 dice que el Padre nos fortalece en el hombre interior por Su Espíritu, para que Cristo, el Hijo, haga Su hogar en nuestros corazones (vs. 14-17). Las alabanzas ofrecidas al Padre por medio del Hijo y en el Espíritu se llevan a cabo en la impartición del Dios Triuno. Adorar al Padre con el Hijo y en el Espíritu es la verdadera adoración realizada en la impartición divina de la Trinidad Divina.

III. LA ADORACIÓN EN LA IMPARTICIÓN DE DIOS

Cuando hablamos de la adoración que se realiza en la impartición de Dios, seguimos refiriéndonos a nuestra adoración al Padre. Los judíos, según su perspectiva del Antiguo Testamento, adoran a Dios de cierta manera. Esa clase de adoración no es la adoración que se efectúa en la impartición de Dios. No tiene nada que ver con el Dios Triuno, esto es, el Padre, el Hijo y el Espíritu. Básicamente, los judíos tan sólo

conocen a Dios en Su obra creadora. Ellos no conocen a Dios en términos de Su impartición. Consideran que Dios es su Creador, incluso tal vez lo consideren a Él como su Padre en el sentido de que Él es su fuente, pero no en el sentido de la Trinidad Divina, por la cual Él realiza la impartición divina de Sí mismo en nuestro ser.

En los Evangelios sólo hay un capítulo en donde el Señor habla sobre la adoración a Dios. Cuando Él habló acerca de adorar a Dios en Juan 4, Él se refería específicamente a la adoración al Padre. La mujer samaritana habló de la adoración, pero no usó el título *Padre*. Por ello, el Señor Jesús le dijo: “La hora viene, y ahora es, cuando los verdaderos adoradores adorarán al Padre en espíritu y con veracidad; porque también el Padre tales adoradores busca que le adoren” (v. 23). Con ello indicaba que la era había cambiado. Incluso, en el momento que el Señor hablaba con ella, la era había cambiado; por ello, el Señor usa la palabra *Padre*, con lo cual indica que debemos adorar al Padre. Cuando citamos Juan 4:24, generalmente desatendemos el versículo 23. El Señor no dice que adoramos a Dios, sino que adoramos al Padre. El Padre busca que le adoren de esa manera.

En el versículo 24 el Señor habla de la naturaleza de Dios. La naturaleza de Dios es Espíritu. El Señor no dijo que adoramos a Dios, sino que adoramos al Padre, cuya naturaleza como Dios es Espíritu. Aquí, la adoración es totalmente diferente de la adoración judía. La adoración judía es completamente una adoración al Creador. Pero el Señor habló de adorar al Padre en el Hijo y también en el Espíritu. Por consiguiente, ésta es una adoración que se realiza en la impartición de Dios, una adoración que se realiza mediante la impartición divina. Cuando los judíos adoran a Dios el Creador, ni siquiera les pasa por la mente que Dios puede impartirse en ellos. Pero si hemos de practicar la verdadera adoración, necesitamos que Dios se imparta en nuestro ser.

LA PRÁCTICA EN CUANTO A LA REUNIÓN DE LA MESA DEL SEÑOR (2)

Jn 4:14, 24 mas el que beba del agua que Yo le daré, no tendrá sed jamás; sino que el agua que Yo le daré será en él una fuente de agua que brote para vida eterna...Dios es Espíritu; y los que le adoren, en espíritu y con veracidad es necesario que adoren.

En Juan 4 la adoración al Padre, la que se realiza en la impartición de Dios, se relaciona con beber el agua viva (vs. 10, 14). Contactar a Dios el Espíritu con nuestro espíritu es beber el agua viva, y beber el agua viva es rendir verdadera adoración a Dios. Para explicar Juan 4:24, necesitamos Juan 4:14. Debemos beber el agua viva para poder adorar al Padre en espíritu y con veracidad. Si no bebemos el agua viva, no estamos bebiendo del Espíritu (1 Co. 12:13), no experimentamos a Dios, y Dios no es impartido en nosotros.

Sin beber el agua viva, es imposible adorar al Padre de una manera subjetiva en la impartición divina. Sólo tendríamos la manera objetiva en que los judíos adoran a Dios el Creador. Hoy en día, ofrecemos nuestra adoración de una manera subjetiva en la impartición de Dios. Nuestra adoración a Dios corresponde a nuestra experiencia de beber el agua viva, el Espíritu. A fin de rendir nuestra adoración en la impartición de Dios, es menester que bebamos del Espíritu de modo que Dios pueda impartirse en nuestro ser. Ésta es la nueva adoración revelada en el Nuevo Testamento.

Incluso hoy en día, mucha de la adoración realizada en el cristianismo se halla en el mismo principio de la adoración judía, es decir, la adoración al Creador, quien está muy lejos de ellos. Pero nosotros no adoramos sólo al Creador sino al Padre, el cual nos regeneró y ha entrado en nuestro ser. Ahora rendimos nuestra adoración de una manera subjetiva al tener a Dios — el Padre, el Hijo y el Espíritu— impartándose en nosotros.

Esta clase de adoración puede practicarse sobre todo en la reunión de la mesa del Señor, puesto que en la reunión de la mesa del Señor, una vez que hemos participado del pan y de la copa, el Señor toma la delantera de conducirnos al Padre. En el Espíritu, el Señor nos lleva de regreso al Padre. Aquí debemos recordar Efesios 2:18, que revela que nuestra adoración es por medio del Hijo, en el Espíritu y va dirigida al Padre. Esto se describe plenamente en Lucas 15 en la parábola del pastor, la mujer y el padre. Es por medio de la búsqueda del Hijo, representado por el pastor, y por medio de la iluminación del Espíritu, representado por la mujer, que el hijo pródigo regresa al Padre.

Por lo tanto, este regreso al Padre se realiza en la impartición divina de la Trinidad Divina. El Hijo y el Espíritu se forjan en el hijo que regresa. Ésta es la verdadera adoración que se rinde en la impartición de Dios.

A. Para adorar al Padre

1. En virtud de haber llegado a ser los hijos del Padre

Si hemos de adorar al Padre, primero debemos nacer de nuevo y llegar a ser así los hijos del Padre (Jn. 1:12; 1 Jn. 3:1a).

2. Al conocer el nombre del Padre

En Juan 17:26a el Señor dijo que Él daría a conocer el nombre del Padre a los discípulos, y en Hebreos 2:12a vemos que Él anuncia el nombre del Padre a Sus hermanos. El nombre denota la persona. Cuando usted llama a alguien por su nombre, la persona viene a usted; así pues, el nombre del Padre denota la persona del Padre. Él no sólo es el Dios que nos creó, sino también el Padre que nos engendró. Él no sólo es el Dios que crea, sino el Padre que engendra. Ahora no sólo somos Sus criaturas, sino también Sus hijos, nacidos de Él, engendrados por Él. Él es nuestro Padre, y nosotros tenemos que conocer Su persona. Conocer Su persona es conocer Su nombre.

En aquel tiempo todos los discípulos eran judíos. Ellos tenían el concepto de que Dios era su Creador, pero no tenían ninguna noción de que Dios era el Padre que los había engendrado. Antes que el Señor resucitara, ellos no sabían que iban a ser los hijos de Dios, poseedores de la vida y la naturaleza de Dios. Para el Señor, antes de Su resurrección, era difícil darles a conocer la persona del Padre a los discípulos, porque ellos no tenían a Dios como su Padre. Pero en la resurrección el Señor impartió la vida divina en los discípulos; esto facilitó que Él les diera a conocer a ellos el nombre del Padre, la persona del Padre.

En el día de la resurrección, Él le dijo a María: “Ve a Mis hermanos, y diles: Subo a Mi Padre y a vuestro Padre, a Mi Dios y a vuestro Dios” (Jn. 20:17). Las palabras *hermanos* y *vuestro Padre* denotan una experiencia de vida, una relación en la vida divina. En Su resurrección, el Señor impartió la vida y la naturaleza del Padre a los discípulos. Ahora Su Padre es el Padre de ellos, y ellos son Sus hermanos. Todo esto alude al conocimiento del nombre del Padre, de Su Persona.

LA PRÁCTICA EN CUANTO A LA REUNIÓN DE LA MESA DEL SEÑOR (2)

Jn 14:23 Respondió Jesús y le dijo: El que me ama, Mi palabra guardará; y Mi Padre le amará, y vendremos a él, y haremos morada con él.

3. Al disfrutar la presencia del Padre

Adoramos al Padre al disfrutar de la presencia del Padre. En Juan 14:23 el Señor dijo: “El que me ama, Mi palabra guardará; y Mi Padre le amará, y vendremos a él, y haremos morada con él”. El Padre y el Hijo vendrán a aquel que ama al Hijo, y harán morada con él. Ésta es la presencia constante del Padre. Cuando decimos: “Abba, Padre” (Ro. 8:15; Gá. 4:6), sentimos una dulce sensación al estar en el deleite íntimo de la presencia del Padre.

Al ser hijos del Padre, al conocer el nombre del Padre y al disfrutar la presencia del Padre, adoramos al Padre. Si no hemos nacido del Padre, ni conocemos Su persona ni disfrutamos de Su presencia, nos será imposible adorar al Padre de una manera subjetiva; solamente estaremos adorando a un Dios objetivo.

B. En el Hijo, quien es la realidad

Adoramos al Padre al estar en el Hijo, quien es la realidad (Jn. 4:23-24). La mujer samaritana en Juan 4 trató de contender con el Señor Jesús al decirle: “Nuestros padres adoraron en este monte, mas vosotros decís que en Jerusalén es el lugar donde se debe adorar” (v. 20). Los judíos decían esto basándose en Deuteronomio 12, en donde se hace referencia a Jerusalén como el único lugar designado por Dios para que Su pueblo le adorara. Debemos pedirles a los santos que lean Deuteronomio 12, y señalarles que esa adoración que Dios había ordenado tenía dos requerimientos. Primero, tenía que hacerse en el lugar único y central que Dios había escogido; y segundo, se tenía que adorar con el rico excedente del producto de la buena tierra. En la antigüedad todos los hijos de Israel tenían que guardar estas dos normas al adorar a Dios.

El Señor le indicó a la mujer samaritana que la era había cambiado. Deuteronomio 12 es el tipo, pero en el Nuevo Testamento tenemos la realidad y el cumplimiento. Según la tipología, el único lugar de adoración era Jerusalén, y en su cumplimiento, este lugar es nuestro espíritu. Hoy nuestro espíritu es la verdadera Jerusalén donde Dios habita. Además, el excedente del producto de la buena tierra es un tipo de las riquezas de Cristo. Cristo es la realidad de todas las ofrendas que provenían de las riquezas de la buena tierra, en las que se incluye el holocausto, la ofrenda de harina, la ofrenda de paz, la ofrenda por el pecado, la ofrenda por las transgresiones, la ofrenda mecida, la ofrenda elevada y la ofrenda de libación. Todas estas ofrendas eran el excedente del producto de la buena tierra como tipos de Cristo, quien es el verdadero excedente, las verdaderas ofrendas. Por lo tanto, en Juan 4:23-24 el espíritu humano reemplaza a Jerusalén como el único centro de adoración, y Cristo reemplaza todas las ofrendas, el excedente de la buena tierra.

1. Al experimentar al Hijo como la buena tierra

Nuestra adoración al Padre se realiza en el Hijo, quien es la realidad, cuando experimentamos al Hijo como la buena tierra (Dt. 8:7).

2. Al disfrutar las riquezas del Hijo como el rico producto de la buena tierra

Nuestra adoración al Padre se realiza en el Hijo, quien es la realidad, al disfrutar las riquezas del Hijo como el rico producto de la buena tierra (vs. 8-10).

3. Al presentar al Hijo, la ofrenda de paz, al Padre

Adoramos al Padre al presentar al Hijo, la ofrenda de paz, al Padre (Lv. 3:1, 6, 12; 7:11-13).

LA PRÁCTICA EN CUANTO A LA REUNIÓN DE LA MESA DEL SEÑOR (2)

1 Co. 12:13 Porque en un solo Espíritu fuimos todos bautizados en un solo Cuerpo, sean judíos o griegos, sean esclavos o libres; y a todos se nos dio a beber de un mismo Espíritu.

C. En nuestro espíritu, el cual está mezclado con el Espíritu de Dios

Adoramos al Padre en nuestro espíritu, el cual está mezclado con el Espíritu de Dios (Jn. 4:23-24).

1. En virtud de haber nacido del Espíritu de Dios en nuestro espíritu

Si hemos de adorar a Dios en nuestro espíritu, tenemos que nacer del Espíritu de Dios en nuestro espíritu (3:5, 6b). En Juan 3 se ve la necesidad de nacer de nuevo, y en Juan 4 se ve la adoración en el espíritu. Primero, necesitamos nacer del Espíritu para entonces poder adorar en espíritu.

2. En virtud de haber sido bautizados en un solo Cuerpo en el Espíritu de Dios

Al haber sido bautizados en un solo Cuerpo en el Espíritu de Dios (1 Co. 12:13a), nosotros podemos adorar al Padre en nuestro espíritu. En realidad, la adoración que ofrecemos en la impartición de Dios no es una cuestión individual. Según la tipología en el Antiguo Testamento, todos los hijos de Israel iban a Jerusalén a adorar, no de una manera individual, sino corporativa. Ellos adoraban en una especie de adoración corporativa. Cada fiesta, tres veces al año, ellos se reunían para adorar a Dios. Por consiguiente, la adoración que se rinde en la impartición de Dios en conformidad con la economía de Dios es una adoración corporativa en el Cuerpo.

3. Al beber del Espíritu de Dios

Nosotros también adoramos en nuestro espíritu al beber del Espíritu de Dios (1 Co. 12:13b; Jn. 4:14).

4. Al estar en el único lugar de adoración, en donde está la habitación de Dios

Tenemos que adorar al Padre en el único lugar de adoración, en donde está la habitación de Dios (Dt. 12:5; Ef. 2:22). Después que nosotros nacemos del Espíritu de Dios en nuestro espíritu, somos bautizados en un solo Cuerpo en

un solo Espíritu y bebemos del mismo Espíritu, nuestro espíritu llega a ser el único lugar de adoración, puesto que nuestro espíritu es donde está la habitación de Dios. Los cristianos están divididos hoy porque no van a su espíritu a adorar. Si todos los cristianos se internaran en su espíritu para adorar, no habría divisiones. Siempre y cuando los hijos de Israel fueran a Jerusalén a adorar, eran guardados en unidad. El principio es el mismo hoy. Muchos cristianos no se internan en su espíritu regenerado a fin de adorar a Dios; por eso, están divididos. Hoy en día tenemos que adorar al Padre en nuestro espíritu mezclado con el Espíritu de Dios.

D. En la impartición del Dios Triuno

La adoración que rendimos al Padre en la mesa del Señor se realiza en la impartición del Dios Triuno. Nosotros fuimos bautizados en el Padre, en el Hijo y en el Espíritu Santo (Mt. 28:19). También disfrutamos el amor del Padre, la gracia del Hijo y la comunión del Espíritu (2 Co. 13:14). Debemos ser partícipes de la impartición del Dios Triuno. De esa manera, tendremos la verdadera y apropiada adoración en la impartición divina de la Trinidad Divina.

El enfoque de este mensaje es: la adoración que se rinde en la impartición del Dios Triuno consiste en la adoración al Padre, la cual Sus muchos hijos le ofrecen teniendo al Hijo primogénito de Dios como las ofrendas y estando en Su Espíritu, el cual se mezcla con nuestro espíritu como el único lugar donde debemos adorar.

Esta comunión debe servirnos de ayuda en la adoración que rendimos al Padre en la reunión de la mesa del Señor. Ésta es la adoración revelada por el Señor en Juan 4. El Evangelio de Juan nos dice en el capítulo 1 que tenemos derecho de ser hijos de Dios. Él les da a todos los que le reciben el derecho, la autoridad, de ser hechos hijos Suyos (v. 12). Estos hijos nacen de Dios mismo. Luego, el capítulo 3 nos habla de la manera en que nacemos de Dios. Debemos nacer de agua y del Espíritu a fin de ser personas que han renacido del Espíritu (vs. 5-6). El capítulo 4 procede a revelarnos cómo adorar a Dios el Padre en nuestro espíritu, que es el único lugar donde debemos adorar, y con el Hijo, quien es las verdaderas ofrendas (vs. 23-24). Tenemos que experimentar la impartición del Dios Triuno: el Padre, el Hijo y el Espíritu. Entonces podremos adorar con la adoración que el Padre busca. (*Lecciones Básicas; la lectura seleccionada en esta porción es extracto de Lecciones básicas acerca del servicio, Witness Lee, 1993, con permiso de LSM.*)

CUATRO PUNTOS PRINCIPALES EN CUANTO A LA REUNIÓN DE LA MESA DEL SEÑOR

Lectura bíblica:

1 Co. 10:21

No podéis beber la copa del Señor, y la copa de los demonios; no podéis participar de la mesa del Señor, y de la mesa de los demonios.

1 Co. 11:23-25

Porque yo recibí del Señor lo que también os he transmitido: Que el Señor Jesús, la noche que fue traicionado, tomo pan; y habiendo dado gracias, lo partió, y dijo: Este es Mi cuerpo que por vosotros es *dado*; haced esto en memoria de Mí. Asimismo *tomó* también la copa, después de que hubieron cenado, diciendo: Esta copa es el nuevo pacto *establecido* en Mi sangre; haced esto todas las veces que la bebáis, en memoria de Mí.

1 Co. 15:45b ...el postrer Adán, Espíritu vivificante.

Jn 4:24

Dios es Espíritu; y los que le adoran, en espíritu y con veracidad es necesario que adoren.

1 Jn 2:23

Todo aquel que niega al Hijo, tampoco tiene al Padre. El que confiesa al Hijo, tiene también al Padre.

He. 2:11b-12

...por lo cual no se avergüenza de llamarlos hermanos, diciendo: “Anunciaré a Mis hermanos Tu nombre, en medio de la iglesia te cantaré himnos de alabanzas.”

Mt. 26:30

Y cuando hubieron cantado un himno, salieron al monte de los Olivos.

RECORDAR AL SEÑOR EQUIVALE A PARTICIPAR DE ÉL

Hay cuatro puntos principales que debemos poner en práctica en la reunión de la mesa del Señor. En primer lugar, recordar al Señor en Su mesa equivale a participar de Él. La base bíblica de esto se encuentra en 1 Corintios 10 y 11. En el capítulo once, los versículos del 23 al 25 dicen: “Porque yo recibí del Señor lo que también os he transmitido: Que el Señor Jesús, la noche que fue traicionado, tomó pan, y habiendo dado gracias, lo partió, y dijo: Esto es Mi cuerpo, que por vosotros es dado; haced esto en memoria de Mí. Asimismo tomó también la copa, después de que hubieron cenado, diciendo: Esta copa es el nuevo pacto establecido en Mi sangre; haced esto todas las veces que la bebáis, en memoria de Mí”. Esto nos muestra que recordar al Señor verdaderamente consiste en tomarle, comerle y beber de Él.

Comer y beber algo es participar de ello. El versículo 21 del capítulo diez aclara: “No podéis beber la copa del Señor, y la copa de los demonios; no podéis participar de la mesa del Señor, y de la mesa de los demonios”. Al decir que participamos del Señor, no estamos usando nuestras propias palabras; en la Biblia hallamos esta frase: *participar de la mesa del Señor*. Puesto que se trata de una mesa, debe de ser algo que disfrutamos. En 1 Corintios 11 se menciona el comer y el beber, y en el capítulo diez se menciona la mesa y quien participa de ella. Todo esto muestra claramente que recordar al Señor, celebrar la mesa del Señor, equivale a ser partícipes del Señor mismo. Cuando asistimos a la mesa del Señor, no sólo le recordamos meramente pensando en Él, sino que participamos del Señor mismo, lo disfrutamos, comemos y bebemos de Él y nos sentamos a Su mesa con los santos para compartirlo unos con otros. Este es el primer significado de la mesa del Señor.

Este pensamiento, concepto y entendimiento ha sido pasado por alto en el cristianismo actual. Hoy muchos cristianos, al asistir a la llamada santa comunión, consideran que deben recordar lo que Jesús hizo por nosotros, teniendo presente que Él era el Hijo de Dios y que murió en la cruz por nosotros. Sin embargo, cuando asistimos a la mesa, debemos hacerlo con el fin de recibir al Señor mismo; venimos a participar del propio Señor. La mesa del Señor es una mesa donde el Señor mismo se nos presenta como un banquete. Él se ha dado a nosotros por medio de Su muerte y resurrección; ahora, no nos ofrece primero Su sangre, sino Su cuerpo. El hecho de que se mencione primero Su cuerpo y Su sangre después, comprueba que Él se ofrece a Sí mismo a nosotros en resurrección. A pesar de que el Señor estableció la mesa antes de Su muerte, la estableció en anticipación a Su resurrección. Él se ha dado a nosotros por medio de Su muerte, y se ha presentado ante nosotros en Su resurrección. Ahora, en Su resurrección, venimos a Su mesa a fin de disfrutarle, tomarle como nuestro banquete, y comer y beber de Él.

CUATRO PUNTOS PRINCIPALES EN CUANTO A LA REUNIÓN DE LA MESA DEL SEÑOR

PREPARARNOS AL EJERCITAR NUESTRO ESPÍRITU

El segundo punto principal acerca de la mesa del Señor tiene que ver con que ejercitemos nuestro espíritu. La manera en que venimos a la mesa del Señor para participar del Señor, es decir, para comer y beber del Señor, es al ejercitar nuestro espíritu. Si no sabemos cómo ejercitar nuestro espíritu, no podemos disfrutar al Señor. No se le da la suficiente importancia a este asunto. Siempre que venimos a la mesa del Señor, tenemos que comprender que venimos a fin de participar del Señor mismo; por tanto, necesitamos ejercitarnos en cuanto a esto. Antes de ir a un delicioso banquete, tenemos que prepararnos. Muchas veces, cuando me han invitado a cenar, le he preguntado al que me invitaba qué era lo que se iba a servir. Si el plato era algo que realmente me gustaba, preparaba mi apetito durante todo el día hasta que llegara el tiempo de la cena. Entonces podía ir y disfrutar la comida apropiadamente. Venir a la mesa del Señor consiste en participar del Señor mismo, disfrutar de Él, comerle y beberle. Para esto tenemos que preparar nuestro espíritu. Por tanto, el segundo elemento importante de esta reunión es el ejercicio de nuestro espíritu.

Siempre que asistimos a la mesa del Señor, debemos tener presente que venimos a disfrutar al Señor. Hoy el Señor es el Espíritu vivificante (1 Co. 15:45), y Él se imparte en nosotros mediante nuestro espíritu. Por tanto, tenemos que ejercitar nuestro espíritu. La base más clara para comprobar esto en la Biblia se halla en Juan 4 y 6. Juan 6:63 dice: “El Espíritu es el que da vida; la carne para nada aprovecha; las palabras que Yo os he hablado son espíritu y son vida”. Podemos agregarle a esto Juan 4:24, que dice: “Dios es Espíritu; y los que le adoran [es decir, los que tienen contacto con Él, le disfrutan y participan de Él], en espíritu y con veracidad es necesario que adoren”. Así que, tenemos que ejercitar nuestro espíritu.

También debemos dejar a un lado todas nuestras preocupaciones. Esto significa que no sólo debemos preparar nuestro espíritu, sino que tenemos que abrir nuestro espíritu de manera profunda. Abrir la parte más profunda de nuestro ser no se refiere sólo a que tengamos una mente y un corazón abiertos, sino, más bien, a que abramos nuestro espíritu. Siempre que vayamos a la mesa, tenemos que prepararnos abriéndonos al Señor desde nuestro espíritu, desde lo más profundo de nuestro ser. No sólo se trata de que nuestros pecados hayan sido perdonados y que nos hayamos deshecho de las cosas mundanas, sino que abandonemos cualquier cosa que nos preocupe y que, desde lo más profundo, abramos nuestro ser al Señor. Entonces nuestro espíritu estará preparado y ejercitado.

PERCIBIR LA ATMÓSFERA EN LA REUNIÓN Y SEGUIR EL FLUIR DEL ESPÍRITU

En primer lugar, debemos darnos cuenta de que venimos a la mesa a fin de participar del Señor. Luego, en segundo lugar, tenemos que preparar nuestro espíritu y ejercitarlo. El tercer asunto práctico acerca de la mesa del Señor es aún más importante: tenemos que percibir la atmósfera de la reunión y seguir el fluir. Estos asuntos son muy estratégicos. Para tener una buena reunión de la mesa del Señor, debemos poner en práctica estos puntos principales.

Seguir el fluir en la reunión se asemeja a servir comida en un banquete, lo cual requiere que sepamos la manera apropiada de servir alimentos. Si hemos de servir bistec como plato principal, debemos servir el bistec primero, es decir, no podemos servir helado como primer plato. Debemos saber cuál es el primer plato y cuál es el segundo. Entonces podremos disfrutar de dicho banquete, con sus platillos apropiados. Cuando venimos a la mesa del Señor, tenemos que detectar la atmósfera de la reunión y seguir el fluir. En esa reunión, ¿se servirá “bistec”, o se servirá “pescado”? Podemos, por ejemplo, recalcar lo que el Señor es, o podemos centrarnos en la ascensión y la gloria del Señor.

Siempre hay un fluir definido en la reunión. Podemos dar un ejemplo de tal fluir comparándolo con un equipo que juega un partido. En el baloncesto, los cinco miembros del equipo no juegan con más de una sola pelota, o sea, sólo se juega con una pelota. En este sentido, la pelota sigue un fluir, como si estuviera en un arroyo. Si uno de los jugadores de baloncesto empleara un balón de fútbol, y otros jugaran usando otras clases de pelotas, el partido sería un desorden. En los juegos verdaderos, todos los jugadores usan una sola pelota y siguen un solo fluir. Para hacer esto, tenemos que practicar mucho.

Aunque aparentemente no hay nada malo con nuestra reunión de la mesa del Señor, la corriente del Espíritu en ocasiones es demasiado baja. Esto se debe a que no ejercitamos nuestro espíritu lo suficiente, o sea, nuestro espíritu no está muy viviente ni fuerte. Quizás se deba a que tengamos temor de cometer errores, y esto nos ahoga y apaga el Espíritu.

CUATRO PUNTOS PRINCIPALES EN CUANTO A LA REUNIÓN DE LA MESA DEL SEÑOR

En ocasiones, el hecho de que se pida cantar himnos puede obstaculizar el fluir de la oración. Por ejemplo, es posible que al principio de la reunión haya un genuino fluir de oración, pero que éste no haya sido aún expresado completamente; ese no es el momento apropiado para pedir un himno. Cualquier himno que se pida en ese momento impedirá que fluyan más oraciones en el espíritu. Otras veces, es posible que la adoración al Padre sea la mejor porción de la reunión, pero justo en el momento en que se llega al punto más elevado, pedir que se cante algún himno obstaculizaría el fluir. Dicho himno puede ser como agua fría que se vierte sobre el fuego. Justo en el momento en que tenemos el sentir de que dos o tres oraciones más nos llevarían al punto culminante de la reunión, nuestra boca puede ser cerrada por un himno incorrecto. Pedir un himno de esta manera es el resultado de seguir los formalismos, los rituales y el conocimiento. Por tanto, tenemos que aprender a percibir el fluir. Tenemos que olvidarnos del conocimiento. Primero tenemos que percibir el fluir, y luego debemos valernos del conocimiento correcto para hacer las cosas apropiadamente. Cuando haya un fluir genuino de oración, no debemos hacer nada que lo obstaculice.

A veces necesitamos cantar un himno a fin de despertar el espíritu de oración. Sin embargo, otras veces no debemos pedir un himno porque el espíritu de oración ya está presente. Pedir un himno en ese preciso momento detendría el espíritu de oración. Tenemos que seguir el fluir y no prestarle mucha atención al conocimiento. Decir que siempre se requiere un himno después de que se ofrezcan cuatro o cinco oraciones con el fin de corresponder a dichas oraciones, es actuar según el conocimiento. El conocimiento de la letra mata. Debemos prestar atención al fluir. Si hay un fluir viviente, no lo obstaculicemos. Permitamos que el fluir siga con toda libertad. Debemos aprender a ejercitar el espíritu a fin de liberar nuestro sentir interior, y debemos aprender a ejercitar el sentir interior a fin de seguir el fluir.

LA ADORACIÓN AL PADRE

El cuarto punto principal acerca de la mesa del Señor es la adoración al Padre. El Espíritu Santo siempre conduce a las personas a Cristo, el Hijo. Cuando el Espíritu Santo nos inspira, declaramos: “¡Jesús es Señor!” (1 Co. 12:3). De la misma manera, el Hijo siempre conduce a las personas al Padre. Si tenemos al Hijo, también tenemos al Padre. En 1 Juan 2:23 dice: “El que confiesa al Hijo, tiene también al Padre”. El principio aquí consiste en que cuando el Espíritu Santo nos toca interiormente, entonces Cristo el Hijo es

hecho real a nosotros, y cuando experimentamos al Hijo, Él nos conduce al Padre. Por tanto, después de que hayamos experimentado al Señor en Su mesa, no deberíamos concluir la reunión todavía. Según el principio subyacente, después de que hayamos experimentado al Hijo, Él nos conduce al Padre. No es correcto concluir la mesa del Señor sin ir al Padre.

Hebreos 2:11b y 12 dicen: “No se avergüenza de llamarlos hermanos, diciendo: ‘Anunciaré a Mis hermanos Tu nombre, en medio de la iglesia te cantaré himnos de alabanzas’”. ¿Cuándo es que el Señor Jesús alaba al Padre en la iglesia? Tiene que ser después de que los santos en la iglesia hayan celebrado la mesa del Señor. Después de que hayamos experimentado al Señor, el Hijo nos lleva al Padre a fin de alabar al Padre en medio de Sus hermanos. Mateo 26:30 dice que después de que el Señor estableció Su mesa, vino al Padre para tener contacto con Él cantándole un himno junto con los discípulos. Este es el principio gobernante. Siempre que disfrutemos al Señor, debemos ser conducidos al Padre por medio del Señor. Esta es la razón por la que después de que disfrutemos la mesa, debemos ser guiados por el Señor en adoración al Padre. La primera parte de la reunión de la mesa tiene como fin hacer memoria del Señor al participar de Él. Después de haber participado del Señor, la segunda parte de la reunión es el tiempo en el que adoramos al Padre, siguiendo al Señor como Hijo primogénito. Somos los muchos hijos que seguimos al Hijo primogénito para adorar al Padre.

Estos cuatro puntos principales han sido pasados por alto en el cristianismo actual. Ni la Iglesia Católica ni las llamadas iglesias reformadas prestan atención a estos asuntos al celebrar la “santa comunión”. Si hemos de celebrar la mesa del Señor, debemos aprender estos cuatro asuntos principales. Venimos a la mesa a fin de participar del Señor mismo. Por tanto, tenemos que preparar nuestro espíritu, limpiarnos y ejercitar el espíritu para tener contacto con el Señor y disfrutarle. Además, debemos aprender la técnica en cuanto a percibir la atmósfera de la reunión y seguir el fluir que haya en la misma. Si todos actuamos como un “equipo”, disfrutaremos del Señor adecuada y apropiadamente. Como resultado de este disfrute en el espíritu, obtendremos al Hijo. Entonces, el Señor, el Hijo del Padre, nos guiará al Padre, y le seguiremos para adorar juntos al Padre. De esta manera, tendremos una reunión completa de dos partes y con dos propósitos: recordar al Señor y participar de Él, así como adorar al Padre y alabarlo. (Extracto de *El Terreno de la Iglesia y las Reuniones de la Iglesia, Cap. 4, 2002, Witness Lee, con permiso de LSM*).